

CONSTITUCION DEL LECTOR EN LA PRODUCCION CORTAZARIANA

Por *Adriana A. Bocchino*

La formulación de un tipo de lector en la producción cortazariana aparece como cuestión determinante, puesto que los diferentes pactos de lectura establecidos explícitamente por el sujeto de la enunciación, definen el sentido de los cambios operados, de las diferentes posturas, de las estrategias discursivas adoptadas. La preocupación constante que tiene esta escritura por definir, cuestionar y volver a definir los problemas derivados de la relación entre lenguaje y realidad se apoya, entre otras cosas, en la necesidad de provocar vías dialógicas con ese lector, eje articulante de aquel referente siempre problematizado, la realidad y de aquel otro, fictivo, a veces más real que la realidad, el texto.

Así podría pensarse que, según los objetivos que planteara la escritura en cada momento (referidos a un concepto diverso de "realidad") se delinea un tipo específico de lector. O, a la inversa, según el tipo de lector prefigurado, se delinearían los objetivos y estrategias de la escritura. O, quizás, ambas operaciones en forma simultánea¹.

En este sentido, como en otros niveles de la escritura cortazariana, se reitera el cumplimiento de una contradicción: entre el planteo teórico de un tipo de lector y su desarrollo efectivo en las diversas instancias. Se lleva adelante, de esta manera, una interesante dialéctica entre lo dicho y lo callado, al respecto, por los mismos textos.

Trataré de rastrear, en forma sintética, a lo largo de la producción cortazariana, precisamente, está dialéctica que podría cumplirse entre una planificación expresa de lector y la conformación implícita y definitiva del mismo. Estos términos, sin anularse, darán lugar a la aparición de un modelo preeminente, a través de los diferentes juegos estratégicos que los textos van ensayando a fin de provocarlo. Es decir, para poder pensar, en este caso, un modelo de lector, creo conveniente tener en cuenta distintos modelos simultáneos, y no una única posibilidad modélica que impediría ver esos juegos. El lector tipo surgiría de estos ensayos y no desde una versión explícita que aparece como definitiva.

Tal como fue pensada la producción cortazariana, desde la constitución de un concepto de lo "real" según tres momentos, puede realizarse el mismo tipo de corte respecto del lector. La formalización discursiva, estratégica y hasta implícita de un concepto de realidad intrínsecamente lleva la marca prefigurativa de un tipo de lector que, a su vez, se ve modelado, o quiere ser modelado, por esa misma formulación. Por lo tanto, uno y otro aspecto no pueden estudiarse por separado.

¹ Sobre la constitución de un concepto de realidad en la producción cortazariana, según distintos momentos, véanse "Hacia un intento de clasificación de la producción cortazariana", en *Rev. CeLeHis*, año I, N° 1, sep. 1991, pp. 25-36; y "Julio Cortázar y la posición del escritor: presupuestos teóricos, literatura y praxis social" (en prensa, Ed. de la UNMdP).

Si pensamos en el primer momento de la producción cortazariana (los textos que van desde *Presencia* hasta *Historia de cronopios y de famas*), donde el sujeto de la enunciación construye su discurso desde una instancia absolutamente separada de lo que se entiende por “realidad” y encuadra lo “literario” en lo arquetípico, el “lector prefigurante y prefigurado no puede estar demasiado lejos de ese sujeto “divertido” por la articulación lingüística que provoca.

Ahora bien, quizás no tan claramente en este primer momento, pero sí a partir de *Rayuela*, hay que tener en cuenta el juego dialéctico que se cumple entre una programación explícita de un tipo de lector y su efectivización, o no, desde lo implícito.

En todo caso, en este primer momento sólo pueda establecerse una línea de análisis entre los textos de corte ensayístico, los publicados en las revistas *Realidad*, *La torre* o *Sur* que desde los diversos temas abordan el problema del lector, y los otros textos. Aunque en aquellos artículos no se haga referencia directa al encuadre en el que se considera al lector, salvo en “Notas sobre la novela contemporánea” (de 1948), un concepto derivable de lo real, producción y práctica literaria, autor, lector, e inserción social de todos estos agentes, están en franca sintonía armónica. El lector diseñado por los primeros textos de Cortázar se plegará a convenciones canónicas, no existiendo, hasta *Rayuela*, una preocupación explícita, desde lo fictivo, por el tipo de lector requerido. Se supone, eso sí, un lector semejante, en cuanto a competencia, al sujeto de la enunciación.

Las estrategias discursivas complican a este lector en una relación más bien lúdica, en un juego regido sólo por preocupaciones estético-lingüísticas. Desde este punto de vista podría pensarse en un pacto de lectura bastante ingenuo que complica a autor y lector en una relación sin mayores problemas. Aquí, sin embargo, se enraza una problemática que irá ahondándose en textos posteriores. La cuestión estético-lingüística no podrá resolverse en el ámbito de lo puramente lúdico y llevará consigo problemas definitivos, y quizás hasta irresolubles, en el marco de la representación.

Así como a partir de “El perseguidor” y algunos diálogos y monólogos de *Los premios* empieza a ser cuestionado el edificio esteticista frente a una “realidad” concreta, la posición del lector vacila, de la misma manera, junto a la del sujeto de enunciación.

Tal como lo planteara Wittgenstein, lectura citada por *Rayuela*, al ponerse en duda el sistema total que puede llamarse “mi figura del mundo”, mi concepto de realidad, queda en suspenso toda posibilidad de certeza. Los sujetos, agentes de este proceso, no pueden quedar al margen de la duda, cuando además, ellos la prefiguran².

Se trata de la fantasmagoría de la “realidad” y no de la inclusión del nivel de lo fantástico. Esto hace que, desde la conciencia de esta ficcionalización, el concepto de realidad sea problematizado en todas las instancias (discursivas, narratológicas, estratégicas), convirtiendo el tema de la representación en materia del relato. *Rayuela*, sin duda inicia este segundo momento, en el que se tensa al máximo cualquier posibilidad de certeza. El lenguaje por su parte, en tanto lugar ficcional y ficcionalizante, se redime, paradójicamente, como única realidad posible. De aquí que sólo pueda hablarse de lo “real” como figura discursiva, sobre la que, además, recaen los beneficios de la duda.

² Muchas de las propuestas cortazarianas en lo que hace al lenguaje, la realidad, y su relación, tienen que ver con las reflexiones de Ludwig Wittgenstein. El texto de Gerd Brand, *Los textos fundamentales de Ludwig Wittgenstein* (Madrid: Alianza, 1981), agrupa los fragmentos según las problemáticas indicadas, lo cual permite una rápida lectura y comparación.

Ahora bien, la conciencia reflexiva sobre este tipo de problemas hace que la escritura se instale en un ámbito cuasi teórico dentro de lo comunmente entendido por ficcional, borrando con este gesto, cualquier otro que intentase poner un límite.

Por un lado esto tiene que ver con un concepto de realidad, apuntalado desde la cuestión genérica, pero también con una práctica de provocación a nivel contractual en la lectura. Se da, en este período de la producción cortazariana, una preocupación explícita y constante por las posibles relaciones entre “autor”, “literatura” y “lector”. El intento es saltar, resolver, el paradójico proceso de ficcionalización creciente de recurrir al único agente más o menos tangible, el lector.

Sin embargo, a esta única posibilidad de certeza se le pretenden cambiar presupuestos básicos. El desarrollo, más teórico que ficcional, desde la ficción, apuntaría a cumplir el proyecto de la superación de la autonomía del arte y a reunir en la práctica de la escritura-lectura, “literatura” y “vida”.

El paulatino desdibujarse de los límites genéricos tradicionales junto al desplazamiento hacia un cruce de discursos claramente marcado, establece el intento por diluir fronteras entre el leguaje y lo real, pero sobre todo, en lo que respecta a su relación con el lector, se presenta como una posibilidad de salida extratextual. El espacio habilitado por la extensión de los otros discursos (principalmente el de corte ensayístico o de reflexión teórica) está dirigido, por el nuevo pacto de lectura que establece, a provocar un cambio, a la vez que una prueba de existencia para sí.

En principio, parecería que el discurso del autocuestionamiento, propio del sujeto de la enunciación, intenta conducir al lector a través de su complicidad, hacia un proceso de supuesta “liberación”. Este procedimiento se ve respaldado por el juego de homologías que se establece entre el lenguaje y la realidad, dando lugar a cambios productivos desde un nivel hacia el otro. En este sentido se aplican conceptos como el de “revolución” o “subversión” para pensar el nuevo pacto de lectura.

Pero, mirando desde el ángulo de la representación y la paradójica ficcionalización de toda realidad puede estar pidiéndosele al lector, como posibilidad cierta de alguna realidad, una certeza de existencia.

En definitiva, y en contradicción con la propuesta, el rol del lector queda preso en una nueva planificación ficcional. Es más, aunque el gesto contundente de apelación llega a saturar el discurso no consigue sortear el problema.

Se ponen a la vista dos contradicciones: una en cuanto al proyecto explícito de “liberación” por la lectura y, en definitiva, el cumplimiento implícito de una “dominación” novedosa; y otra, en cuanto al proceso de ficcionalización y duda sobre la realidad frente a la obsesiva necesidad de encontrar un punto de apoyo real en la misma realidad cuestionada.

Recién en *Libro de Manuel* la primera contradicción es resuelta, asumiendo plenamente la carga idológica que toda escritura, como lenguaje, no puede obviar.

En cuanto a la segunda contradicción, que implica al sistema mismo de representación, sigue debatiéndose hasta los últimos relatos de Cortázar. (cf. “Satarsa” como ejemplo paradigmático).

Si en la escritura que denominamos del segundo momento (*Rayuela* hasta *Prosa del observatorio*), transgredir lo literario desde la literatura es una preocupación que gira en torno a la consecución de un lenguaje que, simultáneamente, cambie la realidad desde su misma enunciación, en el tercero la “realidad” aparece asumida como hecho problemático en sí y ya no ligada a un cuestionamiento estético.

Sin embargo, no está de más decir, que se trata de otra construcción ficcional que pone, estratégicamente, lo “real” como algo fuera del texto. En este sentido, y a diferen-

cia del segundo momento, no podemos hablar de inclusión, de los otros discursos, sino de la constitución, en la misma escritura, de esos discursos, de tal modo que se marcan como extraficcionales o incluidos.

Junto al discurso entendido tradicionalmente como ficcional aparecen los discursos que la semiótica llama "sociales". Desde una estetización primaria, el intento, ahora es revertir ese proceso tratando, en principio, de marcar aquellos discursos como diferentes de la ficción. Por un lado, esta puesta en convivencia persigue el viejo objetivo de borramiento de límites entre géneros literarios y discursivos, a la vez que entre escritura y realidad. Pero, por otro, parece construirse en la intersección de texto y contexto al intentar materializar lo ficcional.

Si la reflexión anterior, la del segundo momento en la producción cortazariana, necesitaba estetizar la cuestión, ahora, desde la condición estético-lingüística obvia de cualquiera otra, enunciada discursivamente, se intenta pensar lo real.

El rol del lector intenta cumplirse desde una instancia extratextual, ya que las estrategias que constituyen la escritura a base del cruce de los discursos sociales, procuran establecer el esquema comunicativo por encima de la escritura misma.

La consideración de un sujeto lector ya no tiene nada que ver con el pacto lúdico estetizante de los primeros relatos, ni tampoco con el modelo homólogo-narcisista (lenguaje-realidad/autor-lector) del segundo. El discurso explícito sobre la relación autor/lector³ asume sus propias contracciones. Sobre todo en lo que hace al establecimiento y funcionamiento de la relación.

Aún cuando los textos que podríamos llamar ficcionales no abordan, como lo hacían en el segundo momento desde un discurso aparentemente ensayístico, la planificación de un tipo de lector, el nuevo pacto de lectura lo coloca, ahora sí, en la zona del lector de ensayo. Entrenado en la estética de deslindar niveles de realidad (fictiva), quiere ser puesto frente a lo real concreto por medio de la constitución de los discursos sociales. En este sentido, deberá descifrar y cuestionar límites de una realidad silenciada por los verdaderos discursos que circulan en lo real social⁴.

³ Al respecto, véase "Del escritor de adentro y de afuera" en Julio Cortázar. *Argentina: años de alambradas culturales*. Bs. As.: Muchnik, 1984.

⁴ Por supuesto, aquí tiene mucho que ver el proceso histórico-político vivido por los argentinos a partir de los años 70, sobre todo a partir del golpe de estado ocurrido en 1976.